

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 8, Diciembre 1999

Infancia

Aliza Smith

pp. 140-141

Aliza Smith

MAMA dice que mañana habrá *jamsin*. Papá agrega que en árabe *jamsin* quiere decir 50; 50 golpes, 50 días de calor que viene del desierto. Siento una presión en mi estómago, que se expande en vibraciones por todo mi cuerpo. Mis manos tiemblan, mis rodillas vacilan, mi corazón palpita con agitación. El calor seco y asfixiante, el aire turbio de arena que penetra en los ojos, en la nariz y la boca. Las montañas que nos rodean se vuelven invisibles. Nos asfixiaremos todos y nadie se enterará.

Y después llega el sol. Un sol fuerte, encandilador que me hace parpadear y me causa mareos. El patio se ve pálido y de los tachos candentes se elevan olas de calor. El sol nos calentará y será cada vez más claro, y todos nos ennegueceremos y nos quemaremos. Entro en casa, me callo. Me siento en el banco del comedor que papá construyó y golpeo el costado con mi pie -bum, bum, bum. Quizás eso espante al sol.

Y entonces pasan días, respiro con alivio: nos salvamos.

Y dicen que mañana a la mañana habrá eclipse de sol. Hago girar las palabras en mi boca, las degusto. ¿Hará calor? pregunto, y papá le pide a mamá que sostenga un tomate en la mano y eso será la luna, y



en la otra mano, una trincha de pan, y eso será el sol. Y siento que el terror se acrecienta en mí, que me pincha: ¿piensas que podrás escaparte de mí? No puedo seguir escuchando. Veo en forma borrosa pelotas y gente que giran. A la mañana siguiente ellos prenden velas y tiznan vidrios rotos que fueron recogidos de antemano. Papá nos advierte que miremos al sol sólo a través del vidrio tiznado. No quiero mirar, no quiero ver cómo el sol es tragado. Una penumbra violácea baja sobre nosotros.

El conocido patio se transforma en un lugar extraño. Las gallinas cacarean con terror y hoy no pondrán huevos. Susurro: "El fin del mundo el fin del mundo el fin del mundo". Y todo mi cuerpo tiembla y pienso que me esconderé debajo de la casa. Allí hay víboras y ratones y escorpiones. Quizás la casa se desmorone sobre mí. No tengo adónde ir. Y entro en el tambo, la vaca Jasida, con su olor familiar y sus ruidos familiares de infinita masticación me tranquiliza y levanto la cabeza, contenta de ver las lagartijas corriendo ida y vuelta del tambo al techo, tamborileando con sus patas sobre el latón, bailando e irguiendo la cabeza y meneándola como en un gesto de saludo.

A la tarde sopla un viento agradable. El crepúsculo se acerca, una luz rojiza anaranjada brilla sobre la

Israelí. Estudió Literatura y Lengua Española en la Sorbonne, Francia, y en la sección literaria del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos de la Universidad Hebrea de Jerusalén, en el que ha obtenido en 1979 su título de B.A. Tradujo al hebreo el libro *Quetzalcoatl*, de José López Portillo.

montaña del ocaso, allí desaparecerá el sol. Lo sigo con la mirada y él se despide y desaparece. "Nunca más volverá", mi cuerpo se estremece. Y la oscuridad comienza a caer, lentamente, como una frazada gruesa que cubre el cuerpo. La oscuridad que trata de atemorizarme:

Estás en mis manos
estás en mis largas manos
y nadie te salvará
porque en realidad
nadie sabe
que existes.

Y estoy sola ante ella, paralizada. Un búho chillaba sobre mi cabeza y corro a casa. Sé que nunca jamás habrá otra mañana. La oscuridad y el silencio de en torno lo confirman.

En las noches sin luna, el lugar parece una gran tumba, un valle que es una tumba. Las estrellas resplandecen a lo alto, una fiesta que no es la mía. Por las noches, mamá nos canta "Zorros pequeños dañan las viñas" y "Es de noche, es de noche, el viento sopla". Canciones que entristecen mi alma. No quiero que apaguen la vela. No me duermo, mis oídos atentos a lo que pasa afuera. Oigo los lejanos aullidos de los chacales, un llanto de bebés hambrientos, tristes; tienen frío, están en la oscuridad. Los búhos emiten voces que cortan el aire.

Y unos pocos días después aparece detrás de la montaña una enorme luna anaranjada y yo la miro con terror. Su color y su tamaño alumbran los árboles del horizonte y pienso qué sucederá si ellos se encienden, qué sucederá si la luna revienta, y si acaso la tierra no caerá en el abismo sin fin. Y entro en la casa y de vez en cuando ausculto el estado de la luna. Ella retorna lentamente a su tamaño y color ordinarios y el dolor de estómago se me pasa y observo su rostro que me es conocido y sé que de ahora en adelante

empezaré a empequeñecerme y a mostrarme su perfil. Pienso en ella, en su mirada que ahora está dirigida a la oscuridad infinita.

Llega el invierno. Desde la montaña de la máquina de coser de los gigantes se precipitan nubes negras, tenebrosas y amenazantes. Corro, incapaz de quedarme un solo instante más afuera. "Mamá, mamá", grito. Y ella corre a sacar la ropa tendida y yo detrás de ella. Las sábanas vuelan en el aire, son osos gordos. "Nos comerán", pienso y veo la larga cabellera de mamá ondeando y ella las domina y yo le ayudo agarrándolas de las puntas. Tengo miedo de volarme y me prendo de la ropa con fuerza. El cielo está negro, el viento es negro y las latas se desprenden de su prisión con un quejido, y las láminas de metal del techo del tambo y el latón remontan juntos en el aire, en círculos que suben y suben hacia la negra oscuridad, aullando con el viento. En casa, me siento en silencio, escucho la lluvia terrible que cae y siento en mi estómago el conocido espanto. La lluvia no cesa, afuera hay ruidos horribles y luces fortísimas. Hace frío. Sé que el *wadi* se desbordará, y después, todo el valle se anegará y flotaremos y nos ahogaremos. Reconstruyo en mi mente las montañas que rodean al valle: cuál es la montaña más alta, adónde conviene huir y qué comeremos, y si lograremos llegar.

A la mañana sale el sol, lo veo al nacer. Las rocas de las montañas alrededor brillan: alguien escondió en ellas oro. Quiero salir afuera, al *wadi* que corre, los pájaros pían y gotas de agua cuelgan de las hierbas y las flores y se desprenden sobre mis pies. El *wadi* navega con furia y le tiro piedras que se hunden pesadamente, creando círculos de agua al penetrar. Tiro palos al *wadi* y los palos flotan, tropezando con barreras que creó la tormenta, girando y continuando su camino de salida del valle. Yo los acompaño.

Traducción del hebreo de Mery Erdal Jordan